

*Formación diocesana en el
camino hacia la JMJ 2011:*

*“Arraigados y edificados en
Cristo, firmes en la fe”*

Tema 1: Dios nos ha hecho capaces de vivir con Él

Una pregunta, una intuición abre un camino

Libro del Animador

Tema 1.

Dios nos ha hecho capaces de vivir con Él

Una pregunta, una intuición abre un camino

OBJETO DE LA CATEQUESIS:

Favorecer el reconocimiento de la pregunta religiosa como cima de la experiencia humana como tal. La persona humana se identifica con la pregunta por el significado de la vida, por el infinito. Todo ser humano responde de alguna manera a dicha pregunta. Por eso todos los hombres son compañeros de camino.

SÍNTESIS:

1. "Pensar en lo infinito": la apertura a lo infinito está inscrita en la experiencia que el hombre hace de la vida. La vida y la realidad "abren" permanentemente el horizonte del hombre.
2. La vida es este deseo de lo infinito (lo llamamos "pregunta religiosa"): por eso la tradición de la Iglesia habla del hombre - de todo hombre - como capax Dei.
3. El deseo de lo infinito, que constituye el corazón del hombre, le pone en camino. Las religiones y la inevitable tentación de la idolatría dicen con claridad que es inevitable buscar una respuesta a la pregunta religiosa.
4. El deseo de lo infinito cuando madura se convierte en súplica al mismo infinito para que se manifieste: no somos capaces de satisfacer nuestra sed por nosotros mismos, por eso lo suplicamos.
5. En este camino de deseo y de súplica, el cristiano es compañero de todos los hombres.

ALGUNAS PREGUNTAS QUE PUEDEN SERVIR AL CATEQUISTA PARA ABRIR EL DIÁLOGO ANTES DEL TEMA:

¿Alguna vez os habéis preguntado qué sentido tiene la vida? ¿Qué respuestas se dan a vuestro alrededor ante esta pregunta? ¿Se hacen vuestros compañeros de estudio o trabajo esta pregunta? ¿Alguna vez habéis sentido, en lo más profundo del corazón, que estáis hechos para ser felices? ¿Habéis encontrado la felicidad completa en vuestra vida? ¿Creéis que es posible ser feliz para siempre? ¿Os habéis enamorado? ¿Creéis que el amor puede ser para siempre? ¿Creéis que Dios nos puede hacer felices? ¿Cómo, por qué?

Sesión 1.

1. "Pensar en lo infinito"

«¿No habéis encontrado nunca en vuestra vida una mujer que os ha hechizado durante un momento y que luego ha desaparecido? Estas mujeres son como estrellas que pasan rápidas en las noches sosegadas del estío. Habréis encontrado una vez, en un balneario, en una estación, en una tienda, en un tranvía, una de esas mujeres cuya vista es como una revelación, como una floración repentina y potente que surge desde el fondo de vuestra alma (...) Y será sólo un minuto; esta mujer se marchará; quedará en vuestra alma como un tenue reguero de luz y de bondad; sentiréis como una indefinible angustia cuando la veáis alejarse para siempre (...) Yo he sentido muchas veces estas tristezas indefinibles; era muchacho; en los veranos iba frecuentemente a la capital de la provincia y me sentaba largas horas en los balnearios, junto al mar. Y yo veía entonces, y he visto luego, alguna de esas mujeres misteriosas, sugestionadoras, que, como el mar azul que se ensanchaba ante mi vista, me hacía pensar en lo Infinito» .

El genio literario de Azorín expresa muy eficazmente una experiencia elemental que todo hombre vive. Hay circunstancias que abren de par en par el corazón. Lo abren en el sentido de que hacen presente su verdadero horizonte, su "capacidad de lo infinito". *Hay circunstancias que nos permiten descubrir quiénes somos, que rompen todas las imágenes reducidas de nuestro ser hombres, que nos dicen que nada nos basta.* Son circunstancias o experiencias que describen la verdadera naturaleza y estatura de la vida, de nuestro ser seres humanos. Son circunstancias que, ante todo, no dicen "lo que nos falta", sino que hacen presente la intuición de lo eterno para lo que estamos hechos. Uno "piensa en lo infinito" porque la realidad que tiene delante le abre de par en par, le dice que hay algo más y que debe durar para siempre.

Sin duda amar es una de estas experiencias. Todo ser humano vive la experiencia del amor: en su familia, con sus amigos, encontrando la

persona con quien compartirá su vida, en la virginidad... *En el rostro de aquel a quien empezamos a amar* - ¡el enamoramiento es el inicio de un camino! - *se concentra nuestro deseo de infinito, la intuición de que estamos hechos para lo eterno.* E incluso la tristeza o la angustia que podemos sentir ante la idea de perder a la persona que amamos, es signo de esta apertura a lo infinito.

Una apertura que puede ser descrita como deseo y como nostalgia, y que nace de las experiencias más verdaderas de nuestra vida: en el amor, pero también en la percepción de la belleza, en la pasión por la propia libertad, en la rebelión ante la injusticia, en el misterio del sufrimiento y del dolor, en la humillación del mal que uno hace, en la búsqueda apasionada de la verdad, en el gozo del bien.

En la experiencia que hacemos de nuestra propia vida, tocamos la presencia de lo infinito. Ese mismo infinito que se anuncia en el mundo. En la inmensidad y en la belleza sobrecogedora de la creación: ¡desde las montañas y los océanos hasta la cadena genética del ADN! «El mundo y el hombre atestiguan que no tienen en ellos mismos ni su primer principio ni su fin último, sino que participan de Aquel que es el Ser en sí, sin origen y sin fin» .

2. *La vida es este deseo*

Todo ser humano, independientemente de la edad, de la raza o de la cultura, experimenta este deseo/intuición de lo infinito que coincide con la verdad más "evidente" de la vida. No podemos negarlo, somos este deseo, *nuestro ser más auténtico es "pensar en lo infinito".*

Este deseo coincide con la vida. ¡No es algo que surge en el corazón en primavera o cuando se encuentra particularmente melancólico! Es simple y llanamente "la vida".

Por ello *desear lo infinito es desear la plenitud de la vida: no de una dimensión de la vida, sino de la vida con todas sus letras.* Porque este deseo es el hilo conductor que da unidad a cada instante, a cada situación, a cada circunstancia de nuestra vida. Es la cadena que permite intuir la

unidad que existe entre el amor de tus padres y tu deseo de construir, entre la rabia ante la injusticia y la compasión ante el dolor, entre el amar y el ser amado y la llamada a ser fecundo. Sin la unidad que engendra este deseo que atraviesa cada célula de tu ser, la vida sería una simple retahíla de hechos y sucesos, una acumulación de experimentos, de tanteos, incapaz de edificar tu persona.

En el lenguaje común, a esta búsqueda de lo infinito se le llama "pregunta religiosa". Cuando se habla de "religión" se habla precisamente de esto: de la búsqueda de lo infinito por parte de toda la humanidad.

Todo hombre, por el mero hecho de vivir, percibe en sí este deseo, esta pregunta religiosa - sea o no sea capaz de expresarlo - porque *la pregunta religiosa es la pregunta sobre la vida y su significado*. Por ello todo hombre, independientemente de la respuesta que dé a esta pregunta, es "religioso". No puede dejar de serlo, no puede arrancarse del corazón el "pensamiento de lo infinito".

La tradición cristiana ha descrito esta realidad hablando del hombre como "*capax Dei*": *la persona, creada a imagen y semejanza de Dios, es capaz de Dios, le desea y puede encontrarle*. «La santa Iglesia, nuestra madre, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas" (Cc. Vaticano I: DS 3004; cf. 3026; Cc. Vaticano II, DV 6). Sin esta capacidad, el hombre no podría acoger la revelación de Dios. El hombre tiene esta capacidad *porque ha sido creado "a imagen de Dios"* (cf. Gn 1,26)» .

En el salmo 62 se expresa esta impresionante capacidad usando bellamente la imagen de la sed: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 62).

3. *En camino*

Una pregunta, una intuición abre un camino. El hombre, que piensa en lo infinito, se pone en marcha. La intuición de lo infinito es el motor de la vida, la razón por la que amamos y trabajamos.

Comienza para cada uno la apasionante aventura de buscar lo infinito, de conocer su rostro. Se trata de una aventura en la que todos estamos implicados. No es algo reservado a temperamentos particularmente "religiosos".

Es posible reconocer el camino del hombre a la búsqueda del rostro de lo infinito en dos hechos que están al alcance de todos.

El primero es la constatación de **la existencia de las religiones**. Hoy, más que en el pasado, somos testigos de la pluralidad de experiencias religiosas que viven los hombres. Cuando todo parecía anunciar una sociedad sin Dios, movimientos y sectas religiosas, de muy diferente índole, han invadido Occidente y comienzan a compartir el escenario social junto a las religiones establecidas. Son expresiones concretas, históricas, de la búsqueda de lo infinito y, en este sentido, ayudan a la razón y a la libertad del hombre a no cerrar su horizonte propio, a no reducirse al espacio agobiante de lo "finito". Así lo enseña el Concilio Vaticano II: *«Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer, conmueven íntimamente su corazón: ¿Qué es el hombre, cuál es el sentido y el fin de nuestra vida, el bien y el pecado, el origen y el fin del dolor, el camino para conseguir la verdadera felicidad, la muerte, el juicio, la sanción después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia donde nos dirigimos?»* .

Convivir con personas de otras religiones es la ocasión para reconocer la identidad del deseo y de las preguntas que constituyen su corazón y el nuestro. Lo que podría aparecer a primera vista como una dificultad, pues la multiplicidad de respuestas puede engendrar confusión, es también una ocasión privilegiada para reconocer la unidad entre todos los hombres. *Las respuestas que se ofrecen son muchas, es verdad, pero la pregunta es una sola.*

En segundo lugar podemos reconocer **nuestra búsqueda de lo infinito** en una experiencia que hemos hecho todos: la identificación de lo infinito con algo concreto. Puede ser la novia, o la carrera profesional, o el

éxito económico, o la pasión por el poder. ¡Cuántas veces hemos identificado lo infinito que habíamos intuido con algo particular! ¿Cuál ha sido el resultado? La desilusión. *En nuestra búsqueda de lo infinito ha llegado un momento en el que nos hemos detenido y hemos creído poder identificarlo con algo a nuestra medida.*

Se llama "idolatría" y es una tentación que vive cada hombre en primera persona. En vez de reconocer que la mujer que ha suscitado en nosotros el pensamiento de lo infinito, es signo de lo infinito, esperamos de ella que cumpla con plenitud el deseo que ha suscitado. Cuando el signo deja de ser reconocido como tal y se le confunde con la plenitud a la que remite, entonces se convierte en un ídolo. Pero los ídolos, lo sabemos por experiencia, defraudan.

El salmista ha identificado con gran precisión la tragedia de la idolatría. *Es la tragedia de una promesa incumplida.* Parece que pueden responder, y sin embargo son incapaces de todo: «Sus ídolos, en cambio, son plata y oro, hechura de manos humanas: tienen boca, y no hablan; tienen ojos, y no ven; tienen orejas, y no oyen; tiene nariz y no huelen; tienen manos, y no tocan; tienen pies, y no andan; no tiene voz su garganta: que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos» (Sal 113).

«Hechura de manos humanas»: con pocas palabras el salmista identifica la raíz de *la incapacidad de los ídolos para responder a nuestro deseo de lo infinito.* Un ídolo es fruto de mis manos; tiene, por así decir, mis mismas dimensiones: es finito. Por eso no podrá nunca responder adecuadamente al deseo que constituye mi vida.

La multiplicidad de respuestas - las religiones - a la única pregunta y la incapacidad de los ídolos a la hora de cumplir el deseo de lo infinito, ponen de manifiesto de manera todavía más acuciante la *"exigencia" de una respuesta definitiva.* *Un hombre que viva seriamente su propia vida, que no censure la intuición de lo infinito que describe quién es, no puede darse por vencido.*

4. A nuestro encuentro

Si darse por vencido es abandonar la aventura de la vida, ¿qué hacer? ¿Cómo podemos perseverar en el camino del deseo? ¿Cómo puede no detenerse en respuestas insuficientes?

No es posible pensar que la imagen de nuestra vida sea el mito de Sísifo, condenado a empezar siempre de nuevo la tarea sin encontrar jamás cumplimiento ni descanso. La vida es este deseo y, sin embargo, todos nuestros intentos por satisfacerlo parecen vanos. Nuestros intentos, no la posibilidad del cumplimiento.

En efecto *nuestro deseo sería vano, sería absurdo, si estuviese destinado a quedar eternamente insatisfecho*. Pero esto no quiere decir que seamos nosotros los que lo satisfacemos. *Somos "capaces" de ser satisfechos, no de satisfacernos a nosotros mismos*.

La sed que reseca la garganta de todo ser humano dice que éste es capaz de beber, no que el mismo hombre sea el manantial fresco y cristalino que puede saciarle. Así, *el hombre es capaz de lo infinito, capax Dei, porque puede acogerle si éste sale a su encuentro, no porque pueda construirse por sí mismo lo infinito que anhela*.

Cuando el hombre se reconoce capax Dei, su deseo, su nostalgia, su anhelo son abrazados por su libertad y se convierten en súplica. Y en esta súplica adquirimos nuestra verdadera estatura. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 3).

La pobreza de espíritu que bendice Jesús en las bienaventuranzas, y cuya expresión más elocuente es la petición, la súplica, constituye la plenitud de la experiencia humana. Es el momento en el que corazón del hombre dice a lo Infinito que ha intuito: "¡Ven, manifiéstate!". Cada fibra del ser de cada persona espera y desea, pide y suplica que lo infinito salga a su encuentro. Quiere conocer su rostro, y lo pide: «Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 26).

Y Dios no ha dejado sin respuesta esta súplica: «*Mediante la razón*

natural, el hombre puede conocer a Dios con certeza a partir de sus obras. Pero existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas, el de la Revelación divina (cf. Cc. Vaticano I: DS 3015). Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre. Lo hace revelando su misterio, su designio benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo en favor de todos los hombres. Revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo» .

Las oraciones de los salmos, los textos de la Eucaristía, toda la liturgia de la Iglesia es una educación permanente a vivir, de manera consciente y cada día más disponible, esta súplica al Señor.

Por la mañana, al inicio de la jornada, en la oración de laudes, las primeras palabras que la Iglesia nos hace recitar son: **«Dios mío, ven en mi auxilio. Señor, date prisa en socorrerme»**. De este modo nos educa y nos ayuda a comprender que el deseo está llamado a convertirse en súplica.

5. Compañeros de camino de todos los seres humanos

En esta súplica todos nos percibimos compañeros de camino. Reconocer el deseo de lo infinito que constituye el corazón de cada persona nos permite darnos cuenta de la unidad que existe entre todos nosotros.

Las expresiones de este deseo pueden ser muy diferentes. Algunas de ellas pueden incluso resultar duras, ofensivas y violentas. Y, aún así, son expresiones de la misma búsqueda que vive en nuestro corazón.

Quien se reconoce en búsqueda sabe que está cerca de todo hombre: nada ni nadie le es extraño. Para la Iglesia no hay "lejanos": porque todos viven, y se preguntan, y desean. Todos buscan.

Por eso el cristiano no teme hablar de su búsqueda con todos. Incluido con aquellos que se ríen de él, que le tachan de iluso o de visionario. Una simpatía inmensa por todo lo humano le acompaña cotidianamente. El arte, la literatura, la música, todo lo que expresa el

genio del hombre es, para quien busca, ocasión de reconocer de nuevo el deseo que le constituye.

Si uno prueba a hablar de esto con sus compañeros de clase, con su familia, en su trabajo, se dará cuenta de que es verdad.

Textos complementarios:

Palabra de Dios

Salmo 62: la búsqueda de Dios descrita desde la imagen de la Sed.

Jn 4, 1-26: encuentro de Jesús con la Samaritana.

Mt 12, 1-12: el camino de búsqueda que siguen los Sabios de Oriente desde sus lugares de origen hasta que se encuentran con el Señor para adorarlo.

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Números 2-5.

2. ¿Por qué late en el hombre el deseo de Dios?

Dios mismo, al crear al hombre a su propia imagen, inscribió en el corazón de éste el deseo de verlo. Aunque el hombre a menudo ignore tal deseo, Dios no cesa de atraerlo hacia sí, para que viva y encuentre en Él aquella plenitud de verdad y felicidad a la que aspira sin descanso. En consecuencia, el hombre, por naturaleza y vocación, es un ser esencialmente religioso, capaz de entrar en comunión con Dios. Esta íntima y vital relación con Dios otorga al hombre su dignidad fundamental.

3. ¿Cómo se puede conocer a Dios con la sola luz de la razón?

A partir de la Creación, esto es, del mundo y de la persona humana, el hombre, con la sola razón, puede con certeza conocer a Dios como origen y fin del universo y como sumo bien, verdad y belleza infinita.

4. ¿Basta la sola luz de la razón para conocer el misterio de Dios?

Para conocer a Dios con la sola luz de la razón, el hombre encuentra muchas dificultades. Además no puede entrar por sí mismo en la intimidad del misterio divino. Por ello, Dios ha querido iluminarlo con su Revelación, no sólo acerca de las verdades que superan la comprensión humana, sino también sobre verdades religiosas y morales, que, aun siendo de por sí accesibles a la razón, de esta manera pueden ser conocidas por todos sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla de error.

5. ¿Cómo se puede hablar de Dios?

Se puede hablar de Dios a todos y con todos, partiendo de las perfecciones del hombre y las demás criaturas, las cuales son un reflejo, si bien limitado, de la infinita perfección de Dios. Sin embargo, es necesario purificar continuamente nuestro lenguaje de todo lo que tiene de fantasioso e imperfecto, sabiendo bien que nunca podrá expresar plenamente el infinito misterio de Dios.

Sesión 2. Cuestionario.

1. **Ver.** Fíjate bien en tu día a día, en la gente que te rodea y en tu propia vida, y aporta un hecho, una conversación o una acción ocurrida a tu alrededor, en el que se vea claramente que hay personas que buscan lo infinito, que buscan a Dios como de la aventura de la vida; o bien describe un hecho en el que se vea que a veces sustituimos lo infinito que anhela nuestro corazón por realidades a las que les entregamos el corazón y que nos dejan insatisfechos: el placer, el poder, las riquezas, la imagen...
2. **Juzgar.** Leemos Mt 2, 1-12 (*el Evangelio de los Sabios de Oriente que, tras ver una estrella nueva, deciden seguirla y llegan hasta Belén*), y, poniéndote delante de Dios, pregúntate qué tienes que fortalecer en tu vida para tener la misma actitud que los Sabios de Oriente. ¿Cómo le puedo pedir a Dios que me ayude a buscarlo siempre? ¿Qué tengo que fortalecer, o que cambiar en mi vida, para buscar más a Dios?
3. **Actuar.** En el Actuar, podemos hacer un compromiso que nos ayude a buscar a Dios más certeramente. Concretar las actitudes del punto anterior en algún compromiso, concreto y realista, que me ayude a buscar a Dios en mi vida concreta: oración, sacramentos, vida cristiana.... Después, como grupo, debemos hacer un compromiso, todos juntos, para hablar de nuestra búsqueda de Dios con los que nos rodean. Puede ser un compromiso que cada uno haga en su ambiente, o bien un compromiso que hagamos todos juntos en algún lugar.

Sesión 3. Dinámica.

Podemos empezar esta dinámica con una frase del tema: *Un hombre que viva seriamente su propia vida, no puede darse por vencido.*

En la dinámica de este tema podemos ver la primera escena de la película “*Indiana Jones y la Última Cruzada*”, desde los créditos de inicio y la aventura del joven Indy hasta la llegada de Indiana Jones, tras la escena del barco, a la universidad, con la Cruz de Coronado conseguida. A partir de esta escena, podemos profundizar en las actitudes de búsqueda que forman la trama de la aventura de la vida, cuando uno la vive como una aventura: en nuestro caso, la Aventura de la búsqueda de Dios, que nos encuentra mientras le buscamos.

1. Seamos conscientes de que esto es como las grandes historias de aventuras. Veamos una de estas historias (*aquí ponemos la película*).

2. Vamos a profundizar ahora en las actitudes del personaje principal, del “Aventurero”:

- El personaje principal no “busca la aventura”, sino que parece que es la aventura la que lo encuentra a él. Eso sí: el personaje principal está en búsqueda.
- La aventura no se sabe cómo empieza, ni por dónde continúa, ni cómo termina. Es una continua sorpresa, incluso para el propio protagonista.
- Hay algo que sí depende del protagonista de la historia: nunca se rinde. Siempre va más allá. Cuando parece que no tiene fuerzas, sucede algo que le impulsa a continuar. Y continúa, a pesar de todo.
- También suele ser normal en estas historias la presencia de un “maestro”, de alguien que ya tiene experiencia en lo que el protagonista está buscando, y que enseña y ayuda al protagonista a buscar con más tino, y con más sabiduría.
- Al final, la historia acaba bien, porque el protagonista, que no es perfecto, no se busca a sí mismo: en su vida termina triunfando el bien, y ese bien acaba triunfando alrededor. Normalmente el protagonista no se hace más rico, ni más bello, ni más inteligente:

pero termina siendo más sabio, y aprendiendo algo que le sirve para toda su vida.

Pues bien: salvando las distancias, esto es lo que vamos a encontrar si decidimos embarcarnos en esta aventura de ser cristianos. Una gran aventura, si realmente queremos entrar en ella. Para ello, tenemos que tener las actitudes del aventurero, siempre referidas a Cristo. En definitiva, son las actitudes de los sabios de Oriente que encuentran al Señor: estar en búsqueda, dejarse llevar, no rendirse nunca, no buscarse a sí mismo, y buscar el bien y madurar.

3. Ahora vamos a imaginarnos que, como los sabios de Oriente, un buen día vemos, en el momento actual que estamos viviendo, una estrella que creemos que anuncia el nacimiento de alguien que va a cambiar la historia. Contestamos y compartimos dos preguntas:

1. ¿Qué cosas de las que tengo he de dejar para seguir esa estrella?
2. ¿Qué cosas nuevas puedo encontrar si decido seguirla?

Terminamos esta sesión compartiendo esto. De las cosas que hemos dicho, algunas de ellas irán siendo reales a lo largo de nuestra vida: para ser cristiano, hay que dejar muchas cosas, y encontraremos muchas cosas nuevas. Lo importante es que estemos dispuestos a embarcarnos.

Sesión 4. Oración – Revisión – Camino de la JMJ.

Oración

- *Canto de entrada.*

- *Saludo inicial:*

(*Acompañante*) Dios mío, ven en mi auxilio.

(*Todos*) Señor, date prisa en socorrerme.

(*Acompañante*) Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

(*Todos*) Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

- *Himno de inicio.*

Ahora que la noche es tan pura,
y que no hay nadie más que tú,
dime quién eres.

Dime quién eres y por qué me
visitas,
por qué bajas a mí que estoy tan
necesitado
y por qué te separas sin decirme tu
nombre.

Dime quién eres tú que andas sobre
la nieve;
tú que, al tocar las estrellas, las
haces palidecer
de hermosura;
tú que mueves el mundo tan
suavemente,
que parece que se me va a derramar

el corazón.

Dime quién eres; ilumina quién
eres;
dime quién soy también, y por qué
la tristeza
de ser hombre;
dímelo ahora que alzo hacia ti mi
corazón,
tú que andas sobre la nieve.

Dímelo ahora que tiembla todo mi
ser en libertad,
ahora que brota mi vida y te llamo
como nunca.
Sostenme entre tus manos;
sostenme en mi tristeza,
tú que andas sobre la nieve.

- *Evangelio:*

Del Evangelio Según San Mateo.

Jesús nació en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes. Por entonces sucedió que unos magos de oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: ---¿Dónde está el rey de los judíos recién nacido? Vimos su estrella en el oriente y venimos a rendirle homenaje. Al oírlo, el rey Herodes comenzó a temblar, y lo mismo que él toda Jerusalén. Entonces, reuniendo a todos los sumos sacerdotes y letrados del pueblo, les preguntó en qué lugar debía nacer el Mesías. Le contestaron: ---En Belén de Judea, como está escrito por el profeta: “Tú, Belén, en territorio de Judá, no eres ni mucho menos la última de las poblaciones de Judá, pues de ti saldrá un jefe, el pastor de mi pueblo Israel”. Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les preguntó el tiempo exacto en que había aparecido la estrella; después los envió a Belén con este encargo: ---Averiguad con precisión lo referente al niño. Cuando lo encontréis, informadme a mí, para que yo también vaya a rendirle homenaje. Oído el encargo del rey, se marcharon. De pronto, la estrella que habían visto en oriente avanzó delante de ellos hasta detenerse sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con su madre, María, y echándose por tierra le rindieron homenaje; abrieron sus cofres y le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra. Después, advertidos en sueños de que no volvieran a casa de Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Palabra del Señor.

- *Texto para meditación (leer este texto, perteneciente a la Vigilia de Oración de la JMJ de Colonia, con música de fondo, poco a poco, dejando un tiempo de silencio entre cada párrafo):*

Queridos jóvenes:

En nuestra peregrinación con los misteriosos Magos de Oriente hemos llegado al momento que san Mateo describe así en su Evangelio: «Entraron en la casa (sobre la que se había parado la estrella), vieron al niño con María, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2,11). El camino exterior de aquellos hombres terminó. Llegaron a la meta. Pero en este punto comienza un nuevo camino para ellos, una peregrinación interior que cambia toda su vida. Porque seguramente se habían imaginado a este Rey recién nacido de modo diferente. Se habían detenido precisamente en Jerusalén para obtener del Rey local información sobre el Rey prometido que había nacido. Sabían que el mundo estaba desordenado y por eso estaban inquietos.

Estaban convencidos de que Dios existía, y que era un Dios justo y bondadoso. Tal vez habían oído hablar también de las grandes profecías en las que los profetas de Israel habían anunciado un Rey que estaría en íntima armonía con Dios y que, en su nombre y de parte suya, restablecería el orden en el mundo. Se habían puesto en camino para encontrar a este Rey; en lo más hondo de su ser buscaban el derecho, la justicia que debía venir de Dios, y querían servir a ese Rey, postrarse a sus pies, y así servir también ellos a la renovación del mundo. Eran de esas personas que «tienen hambre y sed de justicia» (Mt 5, 6). Un hambre y sed que les llevó a emprender el camino; se hicieron peregrinos para alcanzar la justicia que esperaban de Dios y para ponerse a su servicio.

Aunque otros se quedaran en casa y les consideraban utópicos y soñadores, en realidad eran seres con los pies en tierra, y sabían que para cambiar el mundo hace falta disponer de poder. Por eso, no podían buscar al niño de la promesa si no en el palacio del Rey. No obstante, ahora se postran ante una criatura de gente pobre, y pronto se enterarán de que Herodes – el Rey al que habían acudido – le acechaba con su poder, de modo que a la familia no le quedaba otra opción que la fuga y el exilio. El nuevo Rey era muy diferente de lo que se esperaban. Debían, pues, aprender que Dios es diverso de cómo acostumbramos a imaginarlo. Aquí comenzó su camino interior. Comenzó en el mismo momento en que se postraron ante este Niño y lo reconocieron como el Rey prometido. Pero debían aún interiorizar estos gozosos gestos.

Debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre y, con ello cambiar también ellos mismos. Ahora habían visto: el poder de Dios es diferente al poder de los grandes del mundo. Su modo de actuar es distinto de como lo imaginamos, y de como quisiéramos imponerle también a Él. En este mundo, Dios no le hace competencia a las formas terrenales del poder. No contrapone sus ejércitos a otros ejércitos. Cuando Jesús estaba en el Huerto de los olivos, Dios no le envía doce legiones de ángeles para ayudarlo (cf. Mt 26,53). Al poder estridente y pomposo de este mundo, Él contrapone el poder inerme del amor, que en la Cruz – y después siempre en la historia – sucumbe y, sin embargo, constituye la nueva realidad divina, que se opone a la injusticia e instaura el Reino de Dios. Dios es diverso; ahora se dan cuenta de ello. Y eso significa que ahora ellos mismos tienen que ser diferentes, han de aprender el estilo de Dios.

Habían venido para ponerse al servicio de este Rey, para modelar su majestad sobre la suya. Éste era el sentido de su gesto de acatamiento, de su adoración. Una adoración que comprendía también sus presentes – oro, incienso y mirra –, dones que se hacían a un Rey considerado divino. La adoración tiene un contenido y comporta también una donación. Los personajes que venían de Oriente, con el gesto de adoración, querían reconocer a este niño como su Rey y poner a su servicio el propio poder y las propias posibilidades, siguiendo un camino justo. Sirviéndole y siguiéndole, querían servir junto a Él la causa de la justicia y del bien en el mundo. En esto, tenían razón. Pero ahora aprenden que esto no se puede hacer simplemente a través de órdenes impartidas desde lo alto de un trono. Aprenden que deben entregarse a sí mismos: un don menor que éste es poco para este Rey. Aprenden que su vida debe acomodarse a este modo divino de ejercer el poder, a este modo de ser de Dios mismo. Han de convertirse en hombres de la verdad, del derecho, de la bondad, del perdón, de la misericordia. Ya no se preguntarán: ¿Para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo servir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que aprender a perderse a sí mismos y, precisamente así, a encontrarse a sí mismos. Saliendo de Jerusalén, han de permanecer tras las huellas del verdadero Rey, en el seguimiento de Jesús.

- *Peticiones (cada uno expresa libremente lo que quiere pedir al Señor).*
- *Padrenuestro y Avemaría.*
- *Canto final.*

Revisión de las cuatro sesiones.

Sesión 1: Formación: . Dios nos ha hecho capaces de vivir con Él.“ ¿En qué te ha ayudado? ¿Te ha parecido bien el contenido, y la forma en que lo hemos visto?

Sesión 2: Cuestionario: ¿Qué te han parecido las preguntas? ¿Vas comprendiendo el sentido de los compromisos? ¿Te ayuda esta forma de trabajar a llevar el contenido del tema a tu vida diaria?

Sesión 3: Dinámica: ¿La has comprendido? ¿Qué es lo que más te ha llamado la atención? ¿Y lo que menos?

Sesión 4: Oración. ¿Qué te ha parecido la oración? ¿Oras en tu vida diaria? ¿Qué puedes hacer para orar un poco más?

Camino de la JMJ: comenzamos nuestro camino.

Estamos en camino hacia un acontecimiento que va a ser importante en nuestras vidas: la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011. Y queremos preparar bien nuestro corazón. Para ello nos están sirviendo estos temas de formación. En este último momento del primer tema, nos hacemos unas preguntas para dialogarlas:

¿Qué espero de la JMJ Madrid 2011? ¿Qué significa para mí este encuentro? ¿Qué creo que puede significar para nuestro grupo, y para la Iglesia?

Hoy vamos a ver cuál es el lema de este curso, y cuál es el lema de la Jornada.

Lema de este curso: *«Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (Mc 10, 17)*

Lema de la JMJ: *«Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cfr. Col 2, 7)*